



JAIME MATURANA LABBÉ

LA DESPEDIDA DE UN PIONERO

Por Jorge Velasco

“Nací y me crié en Los Coipos...” Así comienza el libro con su historia de vida, que Jaime Maturana decidió escribir en sus últimos años. Hijo de un agricultor, que administraba el fundo Los Coipos en Colchagua, cerca de Lolol, fue el tercero de 6 hermanos. Nació un 10 de enero de 1934, estudió como interno en los Hermanos Maristas de Curicó y luego ingeniería en la Universidad Católica en Santiago. Ordenado, metódico, correcto, optimista por definición, lo molestaba la frase “es que no se puede...”

Perteneció a una generación de empresarios de la construcción que partieron, a mediados de los cincuenta, sólo con las ganas, donde los desafíos y el hacer no parecían tener límites, donde el ser era tan importante como el parecer, donde la impronta era la humildad y, a su vez, donde la generosidad era una necesidad, y en la que formar profesionales y transmitir conocimientos era un deber. Jaime Maturana se llenaba de orgullo cuando algún ingeniero

o profesional, que había trabajado con él, se independizaba y le iba bien. “¡Si trabajó con nosotros!”, me decía contento, rememora su hijo Jaime.

Desarrolló su vida profesional en la Empresa de Obras y Montajes Ovalle Moore S.A., desde 1958 hasta 1994, a la cual ingresó aportando su único bien, una camioneta Ford 1956. Ahí trabajó junto a sus socios y amigos José Manuel Ovalle y José Barros, y un grupo de profesionales de primera línea. La compañía participó en las más diversas áreas y especialidades de la construcción (montaje industrial, obras civiles, minería, inmobiliario, puertos, etc.), sorteando los momentos difíciles y protegiendo de ellos a sus familias y grupos cercanos. “Como política, siempre nos dijo que los problemas e inconvenientes en el camino, se arreglan conversando y buscando acuerdos”, relata su hijo.

Casado con su adorada Laly durante 53 años, tuvieron 4 hijos y 20 nietos. Todos ellos fueron la “sal” que alimentó su alegría y ga-

nas de vivir en los últimos 20 años, especialmente pasar los veranos todos juntos en su adorado Matuchen, su campo cerca de Lago Ranco, o gozar frente a una buena mesa.

Había pocas actividades que lo distraían de su quehacer diario. Una era el campo, donde dedicaba largas horas a hacer almácigos de plantas y árboles que después trasladaba para establecer largas avenidas. Otra era su querida Cámara Chilena de la Construcción, como miembro del Comité de Contratistas Generales y, posteriormente, como Consejero Honorario. “Con cuánto cariño hablaba de sus amigos ahí. Aún cuando eran competidores, sabían respetarse y ayudarse cuando uno de ellos estaba en dificultades. Y cuánto lo entretenía su querido Grupo Alerce”, rememora Jaime, su hijo, quien agrega que su padre en varias oportunidades le repitió: “He tenido una buena vida”. Cumplió con lo que se le puede pedir a todo hombre: tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.